

*Cruzada y dinastía:
Las mujeres de la Casa de Austria
ante la larga guerra de Hungría*

Rubén González Cuerva

Hasta hace apenas una década, el reinado de Felipe III se había caracterizado historiográficamente como una “inmensa laguna”¹ de la que afortunadamente se está saliendo. Una de las facetas de esta época que ha merecido atención ha sido la influencia política desempeñada por las mujeres de la Casa de Austria en el entorno del Rey Católico, superando una visión tradicional que condenaba a las reinas del Antiguo Régimen a ser meras figuras piadosas y reproductoras al lado de sus esposos e hijos². Muy al contrario, llegaron a alcanzar un papel de gran relevancia en las decisiones regias, si bien desde unos cauces más discretos e indirectos que, obviamente, la documentación oficial no recoge pormenorizadamente³. En este estudio vamos a analizar la mediación de la esposa, la abuela y la tía de Felipe III, a saber, la reina Margarita de Austria, la emperatriz madre María de Austria y su hija la infanta Margarita de la Cruz, en un caso muy poco tratado pero con una trascendencia nada

¹ M^a A. Vicioso Rodríguez, “Aa. Vv.: *La España del Conde Duque de Olivares* (Book Review)”, *Hispania* 177, p. 373.

² M.S. Sánchez, *The Empress, the Queen, and the Nun: Women and Power at the Court of Philip III of Spain*, Baltimore 1996.

³ Aunque se pueden encontrar testimonios como el del secretario de Felipe II Mateo Vázquez al también secretario Jerónimo Gassol, en el que desaprueba que su madre y hermana le envíen cartas de recomendación, pues nunca creyó que debieran encargarse de ello las mujeres de los ministros. IVDJ, envío 57, carp. IV, núms. 96-97.

desdeñable: la participación española en la Larga guerra de Hungría (1592-1606)⁴.

Muy poco se ha estudiado en España acerca de este conflicto, que fue uno de los mayores puntos de atención de la política europea en torno a 1600, y que además permite calibrar el alineamiento de las distintas potencias cristianas del momento. La guerra había comenzado en 1592 como una más de las refriegas fronterizas entre el emperador Rodolfo II (1576-1612) y el Imperio otomano en tierras croatas. Sin embargo, el sultán Murad III (1578-1595) aprovechó estas tensiones para plantear una guerra en toda regla, que rompía la paz precariamente asentada en Andrinópolis en 1568. La principal motivación que se ha aducido es la necesidad de la Sublime Puerta de mantener en funcionamiento su máquina de guerra una vez finalizó en 1590 el conflicto con Persia, de modo que el Sultán necesitaba nuevas campañas para asentar su prestigio, pagar a las hambrientas tropas y acabar asimismo con los ataques que sufría en su frontera occidental por parte de los súbditos del emperador⁵.

Las campañas se desarrollaron a lo largo de quince años en un vasto escenario que abarcaba el enorme territorio en litigio entre el Imperio otomano y la Monarquía de los Habsburgo, entre los Cárpatos y el Adriático. No se trató de una guerra sin más entre dos contendientes, ya que a finales del XVI aun seguía viva con fuerza la idea de Cruzada, de modo que el conflicto se planteó en Europa como una nueva lucha entre la Cristiandad y el Islam⁶. Por otro lado, al emperador se le hacía imprescindible recabar apoyos de otros príncipes, ya que no disponía de las fuerzas ni los ingresos suficientes para frenar él solo a la potente estructura guerrera otomana. En primer lugar debía obtener la ayuda de sus distintos estados vasallos, que tenían dietas y asambleas con gran tradición de autonomía; en segundo lugar convocar a los príncipes del Sacro Imperio

⁴ Para una visión general, J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte und der "Lange Türkenkrieg" Kaiser Rudolfs II. (1593-1606)*, Viena 1993, pp. 183-249.

⁵ F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México 1976, II, p. 606, y F. Edelmayer, "La «frontera militar» de los Austrias contra el Imperio otomano", en F. Toro Ceballos y J. Rodríguez Molina (coords.), *III Estudios de Frontera. Convivencia, defensa y comunicación en la Frontera*, Jaén 2000, pp. 235-252.

⁶ A. Tamborra, *Gli Stati italiani, l'Europa e il problema turco dopo Lepanto*, Florencia 1961, y G. Platania, "Innocent XI Odescalchi et l'esprit de «croisade»", *XVIIe siècle* 199/2 (París 1998), pp. 247-276.

para que aportasen tropas y dinero en su defensa; y por último pedir el socorro de toda la Cristiandad⁷.

El Papado aprovechó la oportunidad que se le ofrecía, ya que convocar a la Cruzada le permitía ejercer el liderazgo espiritual sobre la Cristiandad y coordinar a los príncipes católicos en una causa común bajo la autoridad pontificia. Además, desde 1592 ocupaba el trono de San Pedro Clemente VIII (1592-1605), un pontífice enérgico que procuró emular la Santa Liga de Pío V, la que condujo al triunfo de Lepanto. Todo esto en un contexto de reforzamiento de la autoridad romana, una vez que el final de las Guerras de Religión en Francia permitió a la Santa Sede recuperar una política de equilibrio entre las monarquías francesa y española e irse zafando de la hegemonía que los Habsburgo habían detentado sobre la Curia a lo largo de la segunda mitad del XVI⁸. Los esfuerzos papales por formar una sólida alianza de potencias cristianas dispuestas a embarcarse en la lucha contra el “Infiel” fueron denodados, aunque los resultados fueron moderadamente satisfactorios: la mayor parte de los príncipes italianos prestaron su apoyo al emperador⁹, y asimismo los vaivodas de Transilvania y Valaquia, en la actual Rumanía¹⁰.

⁷ “*L’Imperatore presente ha bisogno di tutti, sa che non si puo promettere gran cosa dal re di Spagna, però è necessitato a soddisfarli in molte cose e in altre dissimulare*”. *Relazione di Germania di Tommaso Contarini*, 1596, en E. Alberi, *Le relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato (durante il secolo decimosesto)*, Florencia 1839-1858, serie I, vol. VI, p. 239. Para la complicada financiación bélica del Imperio, P. Rauscher, “Carlos V, Fernando I y la ayuda del Sacro Imperio contra los turcos: Dinero, religión y defensa de la Cristiandad”, en J. Martínez Millán (coord.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid 2001, vol. 4, pp. 363-384.

⁸ A. Borrromeo, “Istruzioni generali e corrispondenza ordinaria dei nunzi: obiettivi prioritari e risultati concreti della politica spagnola di Clemente VIII”, en G. Lutz (coord.), *Das Papsttum, die Christenheit und die Staaten Europas. 1592-1605*, Tübingen 1994, pp. 119-233, y M^a T. Fattori, *Clemente VIII e il Sacro Collegio 1592-1605. Meccanismi istituzionali ed accentramento di governo*, Stuttgart 2004.

⁹ Instrucción pontificia a Paolo Sanvitale, Roma, 21 de enero de 1594, en K. Jaitner, *Die Hauptinstruktionen Clemens’ VIII: für die Nuntien und Legaten an den europäischen Fürstenhöfen, 1592-1605*, Tübingen 1984, vol. I, pp. 216-225; J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, pp. 368-448, y P. Volpini, “Redes informativas y relaciones políticas entre Toscana y España (1598-1621)”, en J. Martínez Millán (ed.), *La Corte de Felipe III y el gobierno de la Monarquía Católica (1598-1621)*, Madrid 2008, en prensa.

¹⁰ Con la entrada de los vaivodas en la guerra, el Sultán perdió uno de los principales graneros de su imperio y se vio obligado a abrir un segundo frente. A. Randa, *Pro Republica*

El resultado no fue tan alentador en el caso de las tres grandes potencias que podían hacer caer la balanza del lado cristiano: Venecia, Francia y la Monarquía hispana. Las dos primeras adoptaron una política de estricta neutralidad¹¹, mientras que Felipe II se enfrentó a un dilema más delicado, ya que con esta guerra entraban en juego dos de los valores primordiales de su Monarquía: la cruzada y la dinastía. Además de ser una lucha contra el enemigo religioso tradicional, se hacía en apoyo de su sobrino el emperador, jefe de la otra rama de la Casa de Austria, con la que tenía una obligación familiar insoslayable¹².

Sin embargo, la situación bélica y económica de la Monarquía hispana en la década de 1590 desaconsejaba embarcarse en nuevas aventuras, ya que se estaban manteniendo simultáneamente tres guerras de gran fuste: contra los rebeldes neerlandeses, la reina de Inglaterra y el pretendiente protestante al trono francés, Enrique de Borbón¹³. Por ello, el consejo de Felipe II ante el avance de

Christiana. Die Walachei im "langen" Türkenkrieg der katholischen Universalmächte (1593-1606), München 1964, y P. Bartl, *Die Westbalkan zwischen spanischer monarchie und osmanischem Reich: zur Türkenkriegsproblematik an der Wende vom 16. zum 17. Jahrhundert*, Wiesbaden 1974.

¹¹ Clemente VIII reprochaba al embajador veneciano Paruta "que en sus necesidades querían ser socorridos i los trabajos de los otros mirarlos de la ventana". El duque de Sessa a Francisco de Vera, Roma, 17 de septiembre de 1594, Archivo General de Simancas (AGS), Estado 1544, n. 76. En el caso francés, se excusaban de no participar en la Cruzada por la guerra que tenían abierta con España, y culpaban a Felipe II de verse obligados a defenderse,

non toutefois sans quelque regret, considérant, que la Chretienté n'en avoit point besoin, maintenant qu'elle est assaillie & envahie par les Turcs, & autres Infidelles, ses communs ennemis.

El cardenal d'Ossat a Nicolás de Neufville, señor de Villeroy, Roma, 22 de diciembre de 1594, en *Lettres du Cardinal d'Ossat*, París 1698, I, p. 65.

¹² *Doit être en l'esprit du Roi Catolique, pour un million de raisons, l'obligation particulière, que Sa Majesté a, comme Roi Chretien, tres-puissant, & comme chef de la Maison d'Autriche, de ecourir la Chretienté, & la Foi & Religion Catholique, & sa Maison propre, & ses Parents plus proches, contre le Turc, ennemi commun des Chretiens, & particulier de ladite Maison d'Autriche* (El cardenal d'Ossat al señor de Villeroy, Roma, 26 de diciembre de 1596, en *Lettres du Cardinal d'Ossat...*, I, p. 375).

¹³ Véanse, respectivamente, G. Parker, *España y la rebelión de Flandes*, Madrid 1989, pp. 221-262; R.B. Wernham, *After the Armada: Elizabethan England and the struggle for Western Europe, 1588-1595* y *The return of the armadas: the last years of the Elizabethan war against Spain, 1595-1603*, ambos en Oxford 1984 y 1994 y V. Vázquez de Prada, *Felipe II y Francia (1559-1598). Política, Religión y Razón de Estado*, Pamplona 2004, pp. 331-446.

las hostilidades fue que se alcanzase una tregua o paz honorable y que se procurase la quietud con los turcos ¹⁴. Las gestiones del embajador imperial en Madrid, Johann Khevenhüller, fueron infructuosas, debido a que el poder de Rodolfo II y su capacidad de presión eran muy pequeños frente al Monarca hispano, que ejercía de facto la condición de patrón de la dinastía ¹⁵. Quien en cambio sí contaba con recursos para lograr la participación española era el Papado, como bien debería parecer en una Monarquía que se consideraba a sí misma católica. Además de por razones morales, dependía de la aprobación de Roma la percepción de las tres gracias eclesiásticas, una de las bases de la Hacienda regia, que podían quedar en el aire si sus peticiones no eran atendidas ¹⁶. Por esto, pese a las continuas reclamaciones de Khevenhüller, los socorros españoles a Hungría solo llegaron entre 1594 y 1596, tras las gestiones de los embajadores

¹⁴ “En lo del ayudar a lo del Turco no se den palabras ni cosa”. Nota de mano de Felipe II en consulta del Consejo de Estado, El Pardo, 20 de noviembre de 1593, AGS, Estado 2855, s. n. Al embajador extraordinario pontificio Borghese le respondió poco después que: el Emperador podía considerar bien el estado de la Cristiandad, lo empeñado que él se hallaba en las cosas de Francia y los grandes gastos que tenía, y que cuando Su Magestad Cesárea lograra obtener honrosas condiciones de paz, él se alegraría de ello.

Camilo Borghese al secretario de Estado pontificio Pietro Aldobrandini, Madrid, 6 de febrero de 1594, en R. de Hinojosa y Naveros, *Los Despachos de la diplomacia pontificia en España: Memoria de una misión oficial en el Archivo secreto de la Santa Sede*, Madrid 1896, p. 366.

¹⁵ La familia de Carlos V siempre consideró que los auténticos intereses políticos de la Casa de Austria los transmitió el viejo emperador a Felipe II, quien había asimilado las preocupaciones de su padre con exactitud. De esta manera, el rey de la Monarquía hispana se convertía, si no por derecho, sí de hecho, en el patrón de la dinastía de los Habsburgo y el desarrollo de la política de la Monarquía se convirtió en un proyecto de familia.

J. Martínez Millán, “La emperatriz María y las pugnas cortesanas en tiempos de Felipe II”, en E. Belenguier Cebrià (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, Madrid 1999, III, p. 143.

¹⁶ En la década de 1590, además, se estaba librando una dura contienda entre la corte española y la pontificia con motivo de los “recursos de fuerza”, invasiones de la jurisdicción eclesiástica que habían sido bendecidas por Felipe II en las Cortes de 1588-1590. R. de Hinojosa y Naveros, *Los Despachos de la diplomacia pontificia...*, p. 355 y J. Martínez Millán, “La quiebra de la Monarquía hispano-castellana de Felipe II”, en J. Martínez Millán y M^a A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III: la Casa del Rey*, Madrid 2008, I, pp. 26-30 y 53-55.

extraordinarios pontificios, Borghese y Aldobrandini, y del nuncio Caetani ¹⁷. Además, la Santa Sede se esforzó por procurar la paz entre cristianos, para que los príncipes europeos no tuvieran excusa en no colaborar en la Cruzada, y por ello sus esfuerzos diplomáticos se dirigieron a facilitar el acuerdo entre Francia y España y la pacificación de los Países Bajos ¹⁸.

A pesar de que los socorros se libraron con gran lentitud, o que se presentaran como tales la rutinaria bajada anual de la flota hispana en el Mediterráneo central, el Rey Prudente pretendió sacarles el mayor fruto posible: la facilitación de licencias imperiales para reclutar soldados en Alemania con destino al frente de Francia y Flandes, el reconocimiento pontificio del espolio de la herencia del cardenal Quiroga o el apoyo papal e imperial a sus planes de pacificación en los Países Bajos ¹⁹. Las expectativas depositadas en la campaña de 1596 se vieron defraudadas por la derrota de las armas imperiales en la batalla de Keresztes, y desde entonces, pese a la presión pontificia, no se cedió ninguna ayuda más para la guerra en Hungría hasta la muerte del rey.

¹⁷ Para el socorro proporcionado durante cada uno de estos años, ver R. de Hinojosa y Naveros, *Los Despachos de la diplomacia pontificia...*, pp. 368-372; Felipe II al duque de Sessa, Madrid, 31 de marzo de 1595, AMAE, Santa Sede, 20, fols. 388-400 y “La respuesta que se dio al Nuncio”, Aceca, 13 de mayo de 1596, AGS, Estado 2450, s/f.

¹⁸ J.E. Hortal Muñoz, *El manejo de los asuntos de Flandes (1585-1598)*, Madrid 2004, pp. 252-253.

¹⁹ *Ibidem*. Para el reparto de la herencia del cardenal Quiroga, “Sobre lo del breve que despacho del cardenal Quiroga. Renglones de mano de Su Md.”, 25 de febrero de 1595, AMAE, Santa Sede, 10, fols. 137-138. En cuanto a la subordinación de las ayudas en Hungría a recibir apoyo imperial en Flandes, las instrucciones del embajador español San Clemente eran claras:

el remedio de las cosas de Ungría consiste en un ejército de gente disciplinada y pagada y compuesto de naciones extranjeras y mayormente valones que ellos dessean mucho, no se puede fazer en ning^a manera sin una paz en Flandes (Guillén de San Clemente a Juan de Idiáquez. Praga, 1 de noviembre de 1594, AGS, Estado 701, s. n., fol. 1v).

Las mujeres de la Casa Real en la corte de Felipe III

Con el ascenso al trono de Felipe III, en septiembre de 1598, la participación de la Monarquía en la lucha contra el Turco iba a cambiar de modo perceptible. El joven monarca, a pesar de seguir una política continuista con la política de su padre en diversos frentes, como la guerra contra Inglaterra, no tardaría en marcar la impronta de un nuevo estilo en la mayoría de los demás²⁰. El que aquí nos ocupa es la rápida transformación de la corte católica, con el recambio de los viejos ministros dejados por Felipe II en beneficio de la nueva estrella ascendente: el marqués de Denia, duque de Lerma desde 1599, que en cuestión de meses garantizó su hegemonía en la corte y una posición inédita de privilegio en el acceso al rey y la influencia sobre el mismo²¹.

Una segunda novedad importante fue el matrimonio de Felipe III con Margarita de Austria en 1599. Después de casi dos décadas, volvía a haber una reina en el trono español, para la cual Felipe II había diseñado antes de su fallecimiento una Casa controlada por personajes leales, entre los que destacaban el conde de Alba de Aliste como mayordomo mayor, Juan de Idiáquez en calidad de caballero mayor y la duquesa de Gandía como camarera mayor²². La

²⁰ Esto se plasmó principalmente en la revitalización de los Consejos, después de que Felipe II “*aveva il Consiglio di stato, si può dire, tutto nella sua propria testa*”, y el ascenso de la gran nobleza en la gobernación de la Monarquía:

era passato il tempo de'scuderi, ch'è ministero d'infima condizione, e che bisognava valersi di quelli che per nobiltà di sangue e per servizi prestati alla corona erano stati fin allora lasciati indebitamente addietro.

Relazione di Spagna di Francesco Soranzo, 1602, en P. Barozzi y G. Berchet, *Relazioni degli stati europei lette al Senato dagli ambasciatori Veneti nel secolo decimosettimo*, Serie I, vol. 1, Venecia 1857, pp. 135-136. Ver asimismo P. Williams, “Philip III and the Restoration of Spanish Government, 1598-1603”, *English Historical Review* 349 (Oxford 1973), pp. 751-769.

²¹ A. Feros, *Kingship and Favoritism in the Spain of Philip III, 1598-1621*, Cambridge 2000, pp. 48-61.

²² E. Flórez, *Memorias de las reynas católicas*, Madrid 1761, II, p. 903; S. Martínez Hernández, *Don Gómez Dávila y Toledo, II marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III, 1553-1616*, Madrid 2002, p. 450, y M^aV. López-Cordón Cortezo, “Entre damas anda el juego: las camareras mayores de Palacio en la edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo II (Madrid 2003), p. 146.

Casa de la reina había sido tradicionalmente un foco de poder rival a la facción dominante en la corte²³, y Lerma procuró desde el primer momento rodear a Margarita de deudos y clientes suyos para que no pudiera convertirse en una fuente de oposición a su privanza.

En este sentido, el conde de Alba de Aliste no llegó a ejercer de mayordomo mayor, sino que se le pagaron los gajes y el puesto lo detentó sin título el duque de Lerma²⁴. La duquesa de Gandía fue expulsada de la corte en diciembre de 1599, y la esposa de Lerma la sustituyó como camarera mayor de la reina, y posteriormente la condesa de Lemos, hermana del valido, a la muerte de su consorte²⁵. La operación se completó con el intento de alejar a las damas alemanas de su entorno, principalmente a su confidente María Sidonia Riedrén, a la que Lerma casó con el conde de Barajas para apartarla de la corte, aunque finalmente consiguió mantenerse al lado de la reina con bastante autonomía²⁶. Peor suerte corrió la marquesa del Valle de Oaxaca, aya de la infanta Ana Mauricia y personaje prominente de la Casa de la reina, que cayó en desgracia a los ojos de Lerma y fue fulminantemente expulsada de la corte en octubre de 1603²⁷. Por último, el valido consiguió colocar a uno de sus hombres de confianza, Pedro Franqueza, como secretario de la reina en octubre de 1602, de modo que, aparte de tener acceso a la correspondencia que recibía Margarita, en palabras del embajador veneciano Soranzo, “*si è assicurato che non capiterà mai alle orecchie di Sua maestà se non quello che egli vorrà che sappia*”²⁸. Con esto, además, se cerraban las esperanzas de la familia austriaca de Margarita de utilizar a Juan de Idiáquez como mediador favorable dentro de la Casa de la reina²⁹.

²³ J. Martínez Millán, “Familia Real y grupos políticos: La princesa Doña Juana de Austria (1535-1573)”, en Ídem (ed.), *La corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 73-106.

²⁴ S. Martínez Hernández, *Don Gómez Dávila y Toledo...*, p. 353.

²⁵ M^a V. López-Cordón Cortezo, “Entre damas anda el juego...”, p. 146.

²⁶ F. Labrador Arroyo, “Sidonia Riedrén, María”, voz de la “Relación alfabética de los criados de la Casa de la reina Margarita de Austria (1599-1611)”, en J. Martínez Millán y M^a A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III: la Casa del Rey*, Madrid 2008, II, p. 905.

²⁷ L. Fernández Martín, “La marquesa del Valle. Una vida dramática en la corte de los Austrias”, *Hispania* 143 (Madrid 1979), pp. 560-638.

²⁸ *Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, p. 139.

²⁹ Guillén de San Clemente a Felipe III, Viena, 24 de noviembre de 1599, AGS, Estado 706, s. n.

Los mismos representantes venecianos incidieron en el aislamiento de Margarita y su separación de la gracia regia por la primacía de Lerma, lo que la había hecho melancólica:

*Ha piacere la regina che si creda che abbia gran autorità col re, ma però non la esercita se non in qualche intercessione di poca importanza, per favore monache, ve qualche signora privata o cose tali*³⁰.

En solo un aspecto consiguió imponer su voluntad, que fue en mantener al confesor que había traído de Graz, el jesuita Richard Haller, en lugar del padre franciscano español que querían imponerla³¹. Su confesor se afianzó como su mejor aliado en la corte y su mediador con las redes masculinas a las que la reina no podía acceder por razón de su rango y el ceremonial³².

La reina contó, además, con el apoyo de la emperatriz María de Austria, hermana de Felipe II y madre del emperador Rodolfo II, y de su hija Margarita de la Cruz. María abandonó la corte imperial en 1582 y regresó a su Castilla natal. Con ella trajo un nutrido séquito entre el que se encontraba su propia hija Margarita, que tomó los hábitos en el monasterio de las Descalzas Reales de Madrid³³, el

³⁰ *Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, p. 162.

³¹ No obstante, el valido intentó alejarle de la corte en sucesivas ocasiones, ofreciéndole obispados e incluso el cardenalato, al punto que en 1604 se vio obligado a escribir una *Protestación delante de Dios* en su defensa y en la de la reina. M.S. Sánchez, "Confession and complicity: Margarita de Austria, Richard Haller, S. J., and the court of Philip III", *Cuadernos de Historia Moderna* 14 (Madrid 1993), p. 137, y F. Labrador Arroyo, "Haller, Ricardo", voz de la "Relación alfabética de los criados de la Casa de la reina Margarita de Austria...", p. 845.

³² En 1602 escribía el archiduque Fernando al rey "que encargue al P. Haller confesor de la Reyna a un negocio mio para que lo proponga a V Magd". Graz, 21 de julio de 1603, AGS, Estado 707, n. 229. En general, M.S. Sánchez, "Confession and complicity...", pp. 135-143.

³³ La infanta mantuvo dicha dignidad pese a su condición de monja, y tuvo un papel muy relevante y discreto como mediadora entre los miembros de la dinastía, como Luc Duerloo ha puesto de relieve. Algunas de sus cartas a Felipe III con diversas peticiones están recogidas en la Biblioteca Nacional en Madrid (BNE), Ms. 915, fols. 93-113. También defendió los intereses de su primo el archiduque Maximiliano Ernesto, hermano de la reina, y apoyó el establecimiento de los franciscanos capuchinos en Praga. Véanse, respectivamente, la consulta del Consejo de Estado, 25 de julio de 1615, AGS, Estado 710, n. 140 y la carta de Alonso de Requesens OFM a Felipe III, 14 de febrero de 1609, AGS, Estado 2495, n. 39.

embajador español saliente, Juan de Borja, que pasó a ser su mayordomo, y varias damas de la nobleza centroeuropea con conexiones en la Península ibérica ³⁴.

La emperatriz no llegó a profesar, pero al igual que su hermana Juana, fundadora de las Descalzas, residió en una casa aneja hasta su muerte en 1603. El convento se convirtió desde su llegada en un centro de piedad descalzista y un núcleo político de referencia para los miembros del partido papista desplazados del poder en 1579, y en el que los jesuitas gozaron de gran favor ³⁵. María “siempre había constituido un potente foco de oposición al poder de los ‘castellanos’ y un nexo seguro con Roma” ³⁶. Como en otros momentos del reinado, los descontentos que no alcanzaban una posición relevante en la corte buscaron el apoyo de otros miembros de la familia real para influir indirectamente sobre el rey ³⁷. La emperatriz viuda contó con los servicios de Johann Khevenhüller, embajador imperial en Madrid y destacado papista, como uno de sus representantes en Madrid y su nexo con la corte de Praga ³⁸. En este grupo “imperial-papista” destacó asimismo la presencia de aragoneses, que se sentían marginados del núcleo del poder. Entre estos estaba Juan de Borja, ex-embajador en el Imperio y mayordomo de la emperatriz María, los hermanos

³⁴ B. Chudoba, *España y el Imperio*, Madrid 1986, p. 136.

³⁵ Conectados con estos destacaban dos padres jesuitas: el limosnero del rey, Diego de Guzmán, capellán de las Descalzas y el predicador Jerónimo de Florencia. M. Castro y Castro, “Confesores franciscanos de la emperatriz D^a María de Austria”, *Archivo Ibero-Americano* 177-178 (Madrid 1985), pp. 113-152 y J. Martínez Millán, “La emperatriz María y las pugnas cortesanas en tiempos de Felipe II...”, pp. 156-157.

³⁶ J. Martínez Millán, “La quiebra de la Monarquía hispano-castellana de Felipe II...”, p. 32.

³⁷ J. Martínez Millán, “Familia Real y grupos políticos: La princesa Doña Juana de Austria (1535-1573)”, en Idem (ed.), *La corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 73-106.

³⁸ Khevenhüller, conde de Frankenburg, fue amigo de Antonio Pérez, y sirvió a María como un criado personal, a menudo con más dedicación que a Rodolfo II. M.S. Sánchez, “Los vínculos de sangre: la emperatriz María, Felipe II y las relaciones entre España y Europa central”, en J. Martínez Millán (dir.): *Felipe II (1527-1598): Europa y la monarquía católica*. Madrid 1998, vol. I-2, pp. 777-794 y F. Edelmayer, “El mundo social de los embajadores imperiales en la corte de Felipe II”, en E. Martínez Ruiz (coord.), *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, Madrid 2000, II, pp. 57-68.

Argensola y el duque de Villahermosa. Este último estaba casado con Janina de Pernestán (Pernsˇtejn en checo), dama de la emperatriz e hija de Vratislav de Pernestán, uno de los servidores confidentes de Felipe II en la corte de Praga ³⁹.

Felipe III y Margarita no hicieron su entrada conjunta en Madrid hasta el 24 de octubre de 1599, pues su boda se realizó en Valencia y posteriormente recorrieron los territorios de la Corona de Aragón. La emperatriz, no obstante, inició antes los gestos de amistad hacia la nueva reina, como con el envío de la reliquia de San Diego para que sanase de la enfermedad que la había asaltado en Denia en verano de 1599 ⁴⁰. No en vano, María había sido la principal negociadora de los matrimonios reales junto a Cristóbal de Moura ⁴¹. Desde su establecimiento en Madrid, las visitas de la pareja real a las Descalzas fueron muy frecuentes ⁴². Felipe estaba muy unido a su abuela y su tía, y además de cumplir con sus obligaciones piadosas, gustaba de encontrarse con los dos miembros de su familia que con más continuidad conoció y trató. La reina encontró también apoyo y oportunidades para hablar en alemán y escapar de la vigilancia de Lerma, quien no podía impedir la comunicación de los reyes con sus familiares más cercanos ⁴³. El respeto y estima que Felipe III tenía a su abuela fue comentado en la corte con interés, pues marcaba un contraste con el papel secundario que Felipe II había asignado a María, a la cual, para gran insatisfacción suya, no concedió ningún cargo ⁴⁴. Así lo reconoció el legado extraordinario papal Camillo Borghese cuando llegó a Madrid en 1594 para pedir la intervención de Felipe II

³⁹ Vratislav de Pernestán, caballero del Toisón de oro, estaba casado con una española, María Manrique de Lara, y sus hijas Luisa y Joanina vinieron a España con la emperatriz María en 1582. Mientras que la segunda se casó con el duque de Villahermosa, la primera se ordenó carmelita como Luisa de las Llagas y llegó a priora de Las Descalzas. B. Badura, *Hispanica de los siglos XVI y XVII conservada en los archivos de Bohemia y Moravia*, Praga 1990.

⁴⁰ E. Flórez, *Memorias de las reynas católicas...*, p. 909.

⁴¹ J.E. Hortal Muñoz, *El manejo de los asuntos de Flandes...*, p. 288.

⁴² E. Flórez, *Memorias de las reynas católicas...*, p. 909, y M. Novoa, *Historia de Felipe III, Rey de España*, en CODOIN LX, Madrid 1875, p. 129.

⁴³ Margarita vivió dos meses de 1605 en las Descalzas mientras el rey estaba en Valencia. E. Flórez, *Memorias de las reynas católicas...*, p. 911.

⁴⁴ *Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, pp. 163-164.

en la Larga guerra de Hungría. En primer lugar visitó a María, con cuya complicidad podía contar, pero esta le reconoció su impotencia, y que todo estaba en manos del rey y sus ministros, con los que no tenía influencia ⁴⁵.

La faceta en la que María sí contaba con más peso era en su calidad de matriarca de la familia imperial, un papel relevante dada la crisis de liderazgo de los Austrias en Centroeuropa, donde el depresivo emperador Rodolfo II había hecho una dejación casi completa del poder y se conducía de manera errática, para desesperación de sus hermanos los archiduques, especialmente Matías, su sucesor natural. En 1600, ante el agravamiento de la locura de Rodolfo, Matías propuso que su madre desde Madrid arbitrara un medio para encarrilar la sucesión bajo su autoridad moral ⁴⁶. Su mayordomo Juan de Borja expuso un interesante plan que no llegó a plasmarse: que la emperatriz diera licencia al embajador imperial Khevenhüller para viajar a Praga como representante de Felipe III y poner de acuerdo a los archiduques en arbitrar la sucesión de Rodolfo II ⁴⁷. Como se puede comprobar, las relaciones dinásticas y familiares primaban sobre las “estatales”.

En este sentido, el medio más eficaz para que se cumplieran en Praga los deseos de Felipe III no era a través de su embajador en el Imperio, Guillén de San Clemente, sino recurriendo al grupo de las Descalzas en torno a María, sobre todo su mayordomo Juan de Borja y el embajador Khevenhüller. Borja cumplía una función crucial como nexo entre el grupo alemán y el duque de Lerma, del que era tío carnal y personaje de su confianza ⁴⁸. El valido valoraba mucho su

⁴⁵ Camillo Borghese al secretario de Estado papal Pietro Aldobrandini, Madrid, 6 de febrero de 1594, cit. en R. de Hinojosa y Naveros, *Los Despachos de la diplomacia pontificia...*, p. 366. El Papa intentó en esta ocasión, asimismo, lograr el compromiso de la infanta Margarita de la Cruz en la causa contra los turcos, y la dirigió un breve pidiendo que intercediera por Borghese ante Felipe II para que éste apoyase los intereses de Alemania y el Sacro Romano Imperio en la guerra contra el turco. AGP, Descalzas, caja 84, expediente 12, doc. 844.

⁴⁶ El archiduque Matías pidió al embajador español San Clemente que escribiera una carta cifrada a Felipe III sobre esto “para que dello de parte a la serenísima Emperatriz su madre que juzgare que conviniera”. Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 21 de octubre de 1600, AGS, Estado 706, s. n.

⁴⁷ Consulta del Consejo de Estado, 25 de noviembre de 1600, AGS, Estado 2323, n. 116, fols. 5v-7r.

⁴⁸ Fue miembro de los Consejos de Estado y Portugal y de diversas juntas, y a través de él Lerma se informaba de las deliberaciones de estos consejos. Sus servicios al valido eran

experiencia y consejos, y le incluyó en la primera tanda de nombramientos que hizo Felipe III al Consejo de Estado, el 19 de septiembre de 1598⁴⁹. Como muestra, a comienzos de 1600 Felipe III acusaba la suspensión de sus negocios en el Imperio causado por el traslado de Rodolfo II de la corte de Praga a Plzen, huyendo de la peste. Su embajador San Clemente no solo no consiguió una audiencia del emperador, sino tampoco permiso para entrar en la ciudad⁵⁰. La situación solo se desbloqueó con la orden a Juan de Borja para que este pidiera a la emperatriz y a Khevenhüller que escribieran a la corte imperial para alcanzar dicho permiso⁵¹, como así sucedió:

Bien creo –aseguraba San Clemente– que el haverme dado licencia el Emperador para yr a Pilzen resultase de las diligencias de la Emperatriz y de las que V^a Md. mandó hazer con el embaxador Kevenhiler⁵².

El duque de Lerma, por obvios motivos, temía el ascenso de la influencia de la emperatriz María sobre el rey, entre otras cosas por su presión para que

especialmente útiles cuando la corte estaba ausente de Madrid; así, él fue el encargado de pilotar la remoción de Vázquez de Arce de la presidencia del Consejo de Castilla en 1599. A la muerte de Borja en 1606, quedó claro que no tenía sustituto en la facción lermista por su influencia y manejo de los negocios. Su correspondencia con el duque se conserva en BL, Mss. Add. 28426-28429. Además, A. Feros, *Kingship and Favoritism...*, pp. 59 y 133; P. Allen, *Felipe III y la pax hispánica, 1598-1621: El fracaso de la gran estrategia*, Madrid 2001, p. 110, y S. Martínez Hernández, *Don Gómez Dávila y Toledo...*, p. 596.

⁴⁹ Su influencia en la corte creció tras la salida de la misma de Cristóbal de Moura, ministro favorito del fallecido Felipe II y principal cabeza que a Lerma interesaba sacar del entorno regio. Con esta maniobra, Borja se convirtió en el decano del Consejo de Portugal y en su presidente *de facto*. S. Martínez Hernández, *Don Gómez Dávila y Toledo...*, p. 468.

⁵⁰ La situación llegó a tal tensión que el embajador español y el nuncio amenazaron con acampar ante las puertas de Plzen si no eran recibidos. Guillén de San Clemente a Felipe III, Viena, 24 de noviembre de 1599, AGS, Estado 706, s. n.

⁵¹ Consulta del Consejo de Estado, 18 de marzo de 1600, AGS, Estado 2323, n. 127. Felipe III añadía a San Clemente:

que haviendo escrito sobre ello al Emperador la Emperatriz su madre y mi aguela y tambien el dicho Quevenhiler espero que no solo se havra remediado esso pero aun dado satisfacción de lo pasado (Madrid, 12 de abril de 1600. AGS, Estado 2451, n. 27, fol. 1v).

⁵² Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 10 de junio de 1600, AGS, Estado 706, s. n., 1v.

Felipe se comprometiera más decididamente en la guerra contra los turcos⁵³. Alejarlo de su enérgica abuela fue una de las causas para trasladar la corte hispana de Madrid a Valladolid, como reconocieron los contemporáneos:

*molto più per allontanare il re dell'imperatrice, che sola temeva egli che potesse, con la libertà che tiene di parlar col re, nuocere alla tanta eminenza della sua fortuna avendone massimamente Sua Maestà cesarea cominciato a dare alcun indizio con qualche officio fatto col re in questo proposito*⁵⁴.

María y Khevenhüller recibieron la medida como un ataque directo, y en señal de protesta el embajador imperial no se desplazó de Madrid y permaneció en la Villa hasta su muerte en 1606, como servidor de la emperatriz y acudiendo a Valladolid únicamente en ocasiones puntuales para negociar asuntos importantes⁵⁵. Juan de Borja antepuso también su fidelidad a la emperatriz, y pese a los requerimientos de Lerma y contar con alojamiento en la nueva corte, Borja se negó a abandonar su puesto junto a la emperatriz, y solo a la muerte de esta en 1603 se encaminó a la ciudad del Pisuerga⁵⁶. Pese al traslado, Felipe III no rompió los vínculos con su tía y su abuela, e intentó visitarlas en diversas ocasiones aprovechando sus constantes viajes por Castilla⁵⁷. Este era otro de los medios que Lerma utilizó para alejarle de la reina, la cual no podía acompañarle en las fases en que estaba embarazada o cuando se trataba de salidas de cacería o viajes más largos, “medios con los que cínicamente aislaba a Felipe de otras influencias, (...) un método que era fundamental para su sistema político”⁵⁸.

⁵³ M.S. Sánchez, *The empress, the queen, and the nun...*, pp. 93-95.

⁵⁴ *Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, p. 141.

⁵⁵ L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España, desde 1599 hasta 1614*, en *Obras clásicas sobre los Austrias siglo XVII*, Madrid 1998, pp. 104-106.

⁵⁶ P. Williams, “Philip III and the Restoration of Spanish Government...”, p. 762. Borja, miembro de la facción lermista, pero de actitud independiente, no fue a Valladolid hasta 1603 (tras la muerte de María), se sentó en el Consejo de Estado de manera infrecuente y se retiró en 1605.

⁵⁷ L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, pp. 102-127.

⁵⁸ P. Williams, “Lerma, Old Castile and the Travels of Philip III of Spain”, *History* 239 (1988), p. 379. En el viaje de Felipe III a Valencia de 1604, Lerma no permitió a Margarita acompañarle, con lo que los Consejos quedaron en Valladolid, el rey en Valencia y la reina en las Descalzas Reales de Madrid.

La animadversión de la reina por Lerma, pese a ser prudente y disimulada, era más que patente, y llegó a niveles de verdadero encono en 1606, cuando la posición del valido se había debilitado de forma manifiesta, y Margarita se volvió abiertamente en su contra. El 19 de octubre de 1606 escribía el nuncio papal sobre la tensión que existía entre ambos que

aquí existe casi una guerra civil. La reina no piensa en otra cosa que en abatir al duque de Lerma, pero se gobierna con mucha prudencia y está esperando la ocasión oportuna. El duque ha asegurado al rey en estos últimos años que estaba casi desempeñado. La reina afirmaba lo contrario y alegaba que si fuera cierto no habría necesidad de concertar empréstitos con los banqueros, empeñar los ingresos y tomar dinero a interés. Ahora que se ha descubierto la mala situación en que se encuentra el rey, le ha manifestado reiteradamente que puede apreciar quiénes le dicen la verdad y si ella estaba o no en lo cierto ⁵⁹.

Después de estos sucesos el papel político de Margarita creció respecto a los primeros años del reinado, y con el tiempo aprendió también a utilizar sus embarazos para ganar mayor crédito y confianza con Felipe III ⁶⁰. En 1609 su mediación fue muy importante para implicar a la Monarquía hispana en la crisis confesional y política abierta en el reino de Bohemia y en Austria con el debilitamiento de Rodolfo II ⁶¹, y en 1611 volvió a encabezar el golpe cortesano que se saldó con la caída de Rodrigo Calderón, mano derecha del valido ⁶². Esto fue pocos meses antes de su prematura muerte de sobrepeso, el 3 de octubre de 1611. En los inicios de su camino en la corte española, el tema clave en el que podía participar tanto ella como la emperatriz María y la infanta

⁵⁹ Carta del nuncio papal al cardenal Borghese, cit. en C. Pérez Bustamante, *La España de Felipe III*, tomo XXIV de R. Menéndez Pidal (ed.), *Historia de España*, Madrid 1979, p. 125.

⁶⁰ L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, p. 123, y M.S. Sánchez, *The Empress, the Queen, and the Nun...*, pp. 163-166.

⁶¹ El archiduque Leopoldo a la reina Margarita de Austria, Viena, 14 de marzo de 1609, AGS, Estado 2495, n. 53 y el archiduque Matías a la misma, Graz, 29 de marzo de 1609, AGS, Estado 2495, n. 54.

⁶² P. Williams, “El favorito del rey: Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, V marqués de Denia y I duque de Lerma”, en J. Martínez Millán y M^a A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, III, en prensa.

Margarita de la Cruz no era frenar la estrella ascendente del régimen lermista, sino un asunto bélico que les era no menos cercano y preocupante: la guerra contra el Turco en Centroeuropa.

Una nueva política para Hungría: la propuesta de Liga de 1599

La muerte de un monarca y el comienzo de un nuevo reinado representa tradicionalmente una fase de de pausa en la gestión política que en el caso de 1598 y la Guerra de Hungría fue aun más perceptible. Mientras Felipe II agonizaba en El Escorial, el cortejo de la archiduquesa Margarita de Austria, prometida del príncipe Felipe, se encontraba de viaje hacia la Península Ibérica⁶³. Con ella iba el embajador español en el Imperio, Guillén de San Clemente, que estuvo por esta razón ausente de Praga durante más de un año. Su secretario, Arnald van der Boye, quedó en la embajada como representante de los intereses de los Austrias españoles, pero se trataba de una legación de bajo perfil sin mucha capacidad de maniobra⁶⁴. Por otra parte, la evolución de la Guerra de Hungría había llegado a un momento de quietud desde comienzos de 1598, con la reconquista imperial de la ciudad de Javarino (Győr, Hungría)⁶⁵. La campaña de ese verano fue rutinaria y los planes para el próximo año tampoco fueron decisivos. De todos modos, Felipe II entró en la fase terminal de su enfermedad en julio y desde poco antes desaparecieron las referencias a decisiones sobre los asuntos imperiales en la correspondencia española⁶⁶. Tras el luto por su muerte, la prioridad de su

⁶³ La noticia de la muerte del Rey Prudente fue recibida el 13 de octubre en Villach, justo antes de atravesar los Alpes hacia Italia. Guillén de San Clemente a Martín de Idiáquez, Villach, 7 de octubre de 1598, AGS, Estado 705, s. n.

⁶⁴ Arnald van der Boye a Felipe III, Praga, 14 de diciembre de 1598 y 11 de enero de 1599, AGS, Estado 706, s. n.

⁶⁵ Felipe II a Guillén de San Clemente, Madrid, 3 de junio de 1598, AGS, Estado 2450, s. n. La toma de Javarino es el mejor ejemplo de propaganda antiturca durante la guerra por el nutrido repertorio celebrativo al que dio lugar, como resalta K. Vöcelka, *Die politische Propaganda Kaiser Rudolfs II (1576-1612)*, Viena 1981, pp. 279-299.

⁶⁶ Las cartas que se mandaron a Praga durante ese verano eran ya de mero cumplimiento, como la de Felipe II al archiduque Maximiliano, San Lorenzo, 10 de julio de 1598, AGS, Estado 2450, s. n.

sucesor Felipe III era llegar a Valencia para contraer matrimonio con la archiduquesa Margarita. Entre el luto, la boda y luna de miel y la ausencia del embajador, no se retomó la cuestión húngara hasta bien avanzado 1599.

Sin embargo, las conversaciones decisivas no fueron las establecidas en Praga, sino en Roma. Como hemos señalado antes, el papa Clemente VIII era el máximo instigador de una Liga cristiana contra el Turco, y frente al carácter tornadizo e irresoluto del emperador, aportaba una red diplomática difícil de superar y, especialmente, una capacidad de persuasión sobre la corte española mucho mayor que la de los austriacos. Sin embargo, Felipe II había desechado los planes papales de liga desde que se plantearon en 1593 aduciendo la dureza de sus compromisos bélicos⁶⁷. Únicamente en 1596 admitió una hipotética entrada en condiciones muy estrictas: que previamente se comprometiera Venecia a lo mismo, lo cual era casi imposible, y que la entrada en Liga no significara ningún gasto extra a su Hacienda⁶⁸. La oferta, naturalmente, fue rechazada. No obstante, Clemente VIII no abandonó en ningún momento su gran objetivo de unidad cristiana contra el “Infiel”, y si procuró la pacificación entre las coronas de España y Francia fue como instrumento hacia este fin⁶⁹. Tras la paz de Verbins, en mayo de 1598, ambas potencias estarían en condiciones de sellar su compromiso coaligándose en una campaña común contra el Turco, pero ni Enrique IV ni el anciano Felipe II mostraron entusiasmo alguno.

Felipe III, en cambio, fue mucho más receptivo a las propuestas pontificias. Mientras se encontraba de viaje por la Corona de Aragón, el 13 de septiembre de 1599 decidió aceptar el plan de una liga contra el Turco “agora que las cosas de su Imperio parecen *que* no están tan firmes como en otros tiempos”, antes de que el emperador firmara una paz con ellos como estaba negociando entonces⁷⁰. Felipe III se incluyó en el proyecto “como quien no menos desseo

⁶⁷ Ante la negativa de Felipe II al proyecto de Liga de 1593, el Papado cambió su plan a lograr la pacificación de Francia para que los príncipes católicos pudieran volcarse entonces en Hungría. De este nuevo giro fueron convencidos el archiduque Ernesto, nuevo gobernador de Flandes, y la emperatriz María y su hija Margarita de la Cruz. J.E. Hortal Muñoz, *El manejo de los asuntos de Flandes...*, p. 244-245.

⁶⁸ Parecer del Consejo de Estado del papel dado por del nuncio, 6 de julio de 1596, AGS, Estado 2855, s. n.

⁶⁹ K. Jaitner, *Die Hauptinstruktionen Clemens' VIII...*, p. 463.

⁷⁰ Felipe III a Guillén de San Clemente, Zaragoza, 13 de septiembre de 1599, AGS, Estado 2450, s. n.

en cuanto pudiere acudir a las cosas públicas de la Christiandad y muy en particular a las del Emperador mi tío”⁷¹. San Clemente fue instruido para que impidiera las conversaciones de paz en la corte imperial y se concertase con el nuncio apostólico para apostar por la reanudación de la guerra. Sin embargo, el embajador no había llegado todavía a Praga e intentó hacer las gestiones posibles desde Viena, de modo que fue el nuncio quien ofició como portavoz de esta iniciativa, con la que la Monarquía hispana abandonaba por vez primera su voluntad de autonomía en este contencioso⁷².

El principal instigador de la aceptación del plan fue el embajador de Felipe III en Roma, duque de Sessa, reconocido miembro de la facción papista, quien estaba contagiado del optimismo de Clemente VIII:

deve V Md hazer cuenta que no á hecho la paz con Francia i que el dinero que se avía de vuscar para aquello se busque para esto, tratándose de cosa tan gloriosa, i de beneficio tan universal como echar el Turco de Europa⁷³.

En la corte española, mientras, la correlación de poderes se encontraba en un momento incierto debido a la progresiva caída de los viejos ministros de Felipe II y el ascenso del duque de Lerma y sus hechuras, quienes no obstante recurrieron a Juan de Idiáquez, uno de los hombres antiguos, como la figura clave para la política exterior de la Monarquía⁷⁴. El momento en el que el rey tomó la decisión es importante, ya que se encontraba en Zaragoza, lejos de los consejos, que se habían quedado en Madrid, y rodeado de un pequeño círculo de administradores además del omnipresente Lerma⁷⁵. No parece que fuera este

⁷¹ Ibidem.

⁷² Guillén de San Clemente a Felipe III, Viena, 1 de noviembre de 1599, AGS, Estado 706, s. n.

⁷³ El duque de Sessa a Felipe III, Roma, 11 de abril de 1601, AGS, Estado, 1630, s. n. La expresión “echar al Turco de Europa” aparece con frecuencia en las cartas de Sessa de estos años, como otra de 19 de abril de 1600, AGS, Estado, leg. 972, s/f. Cit. en A. Randa, *Pro Republica Christiana...*, p. 218.

⁷⁴ Desde 1596 fue el alma de los negocios, sin cuyo consejo reconocía Moura que no se tomaba ninguna decisión importante. B. García García, *La Pax Hispánica. Política exterior del duque de Lerma*, Lovaina 1996, p. 8.

⁷⁵ Le acompañó una pequeña representación de cada Consejo, que permanecieron en Madrid, excepto el de Guerra, que marchó íntegro junto al Monarca. L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, p. 6.

el valedor de dicha política, porque una vez los reyes entraron en Madrid y volvió a convocarse el Consejo de Estado, este ratificó la iniciativa regia y solo Lerma se mostró reticente y propuso que antes se hiciera relación de los compromisos y gastos del rey para que se afinase mejor cuánto se podía dar a esto sin descuidar lo demás ⁷⁶.

Por todo esto, parece razonable pensar que se tratase de una iniciativa del propio Felipe III, con la que respondía a una de las demandas que el grupo formado en torno a la emperatriz María en las Descalzas le formulaba ⁷⁷. En este sentido, el personaje clave fue Juan de Borja, que fue capaz de simultanear su condición de hombre de confianza de la emperatriz y también de su principal enemigo en la corte, el duque de Lerma. Además de la lealtad personal a María, don Juan estaba unido a una facción cohesionada “imperial-papista” que le permitía tener unas relaciones privilegiadas con Praga y sobre todo con Roma ⁷⁸. Mantenía una interlocución directa con el Papa, quien desde comienzos del nuevo reinado confió en la capacidad de influencia de su devoto hijo y le recomendó al nuncio obispo de Pavía ⁷⁹, al igual que el cardenal Mattei le pidió también recomendaciones para sus clientes en los reinos hispanos ⁸⁰.

Con los reyes asentados en Madrid, la consulta del Consejo de Estado de 6 de noviembre de 1599 fue el documento fundador de la nueva política turca de

⁷⁶ Consulta del Consejo de Estado, Madrid, 6 de noviembre de 1599, AGS, Estado 2323, n. 115, fol. 2r.

⁷⁷ Rodolfo II a destinatario desconocido, Praga, 3 de abril de 1595, AGS, Estado 702, s. n.

⁷⁸ Hijo de San Francisco de Borja, general de los jesuitas, tuvo mucha vinculación con esta orden desde su juventud. Su hijo Carlos casó con la duquesa de Villahermosa, una de las cabezas del partido papista, y su hija Francisca profesó en las Descalzas Reales de Madrid. Don Juan logró ganarse el favor del cardenal Aldobrandini, sobrino del Papa, presentándose como devoto servidor suyo y como principal credencial, ser mayordomo de la emperatriz. F. Labrador Arroyo, “Borja, Juan de”, voz de la “Relación alfabética de los criados de la Casa de la reina Margarita de Austria...”, pp. 797-798 y J. Martínez Millán, “La quiebra de la Monarquía hispano-castellana de Felipe II...”, pp. 32-33.

⁷⁹ Breve de Clemente VIII a Juan de Borja, 17 de noviembre de 1598, BL, Mss. Add. 28426, fol. 76.

⁸⁰ Como a Michel Mariz para deán de Coimbra. El cardenal Mattei a Juan de Borja, 1 de febrero de 1599, BL, Mss. Add. 28426, fol. 89.

Felipe III⁸¹. El principal motivo aducido por los consejeros era de naturaleza táctica: mientras se mantuviera la guerra en Hungría, la quietud de Italia era segura:

Considerado *que* el ayudar al Emperador es causa propia y ahorrar V. Md. el gasto que avía de hazer en la defensa de sus marinas de los Reinos de Nápoles y Sicilia que suele infestar la armada del Turco quando no tiene enemigo que le contraste por tierra, parece que no se puede faltar a esto, midiendo la ayuda según la posibilidad presente, tanto mas aviendo V Md ofrecido al Papa de entrar en liga con Su Santidad y el Emperador en caso que el Rey de Francia y Venecianos hagan lo mismo como lo han ofrecido⁸².

A pesar de que se ha defendido que en su argumentación mostrarían un prematuro triunfo de la razón de Estado como máxima de la Monarquía⁸³, sin negar que esta tendencia sea evidente a lo largo del reinado⁸⁴, creemos que su particularidad es más concreta. Porque en realidad, las razones que se recogen para tomar como misión propia el mantenimiento de la guerra en Hungría son las mismas con las que los embajadores imperiales y el transilvano habían insistido los años anteriores a Felipe II sin ningún éxito⁸⁵. Con gran claridad se

⁸¹ Así lo considera también Niederkorn, y que en lo sustancial se mantendría igual hasta el fin de la guerra en 1606. J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, p. 230.

⁸² Consulta del Consejo de Estado, Madrid, 6 de noviembre de 1599, AGS, Estado 2323, n. 115, fols. 1v-2r.

⁸³ M.S. Sánchez, *Dynasty, State, and Diplomacy in the Spain of Philip III*, Ann Arbor, Michigan, UMI Dissertation Information Service, 1990, pp. 71-73.

⁸⁴ *Non si possa dar più certa regola, che quella che è in tutte universale dell'interesse, perchè si vede che mentre che giova il conservare l'amicizia lo fanno i principi, e così anco quando stimano loro servizio di rompere o con uno o con l'altro, non si può stare sicuri che non lo facciano per quella ragion di stato, che pare che faccia lecito con introduzioni di tanti abusi tuttocio che cumple a quel rispetto (Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, p. 169).

⁸⁵ Entre las razones presentadas por el embajador imperial extraordinario Zdenk Popel von Lobkowicz se encontraba que de no ayudarse en Hungría, el Turco entraría en tromba sobre Italia. "El conde de Franckenburg y el Baron Sdenco Poppel, Embaxadores de su Magd. Ces^a", *post* 3 de septiembre de 1595, AGS, Estado 702, s. n. Para este temor entre los príncipes italianos, A. Tamborra, "Dopo Lepanto: lo spostamento della lotta antiturca sul fronte terrestre", en G. Benzoni (dir.), *Il Mediterraneo nella seconda metà del '500 alla luce di Lepanto*, Florencia 1974, p. 383.

manifestó al respecto el confesor del príncipe de Transilvania, el jesuita castellano Alonso Carrillo, cuando se presentó ante Felipe II en verano de 1596. El padre defendió que el rey debía implicarse en la guerra contra el Turco, menos que por reputación u obligación dinástica, por razón de Estado, ya que no era un gasto sino una inversión en seguridad con la que los enemigos de su Monarquía se moderarían:

aunque parezca mas carga el encargarse de ayudar a esa Alteza, en realidad de verdad no sera mayor carga, mas antes alivio y atajo de tantos gastos quanto de trabajos y zozobras ⁸⁶.

Pero el Rey Prudente había llegado a una fórmula de relativa comodidad, una tregua tácita con el Imperio otomano en la que no se planteaban grandes ataques sino una defensa de los pasos del Mediterráneo central y castigos limitados como respuesta a incursiones del corso musulmán ⁸⁷. Si existió una amenaza otomana contra las posesiones italianas de la Monarquía fue hasta 1595, mientras ostentó el cargo de capitán general de la mar “el Cigala”, un corsario renegado que saqueó en 1594 Reggio di Calabria ⁸⁸. Desde entonces, la imparable decadencia de la marina otomana se hizo aun más patente, y los avisos de Levante eran unánimes en resaltar la poca amenaza que representaba la flota del Sultán ⁸⁹. Además, las dificultades de este se hacían mayores con la reanudación de las hostilidades en su frontera oriental con los principados georgianos y la Persia safawí ⁹⁰.

⁸⁶ Memorial de Alonso Carrillo para Felipe II, Toledo, 1 de junio de 1596, AGS, Estado 703, s. n., fol. 3v.

⁸⁷ O como resumía el embajador veneciano Vendramin en 1595: “*con l’Imperatore de’Turchi non ha ora il re di Spagna né pace, né tregua, né guerra: l’una non deve, l’altra non vuole, e la terza abborisce di fare*”, en E. Alberi, *Le relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato...*, serie I, vol. V, p. 470.

⁸⁸ El duque de Sessa a Francisco de Vera, Roma, 17 y 24 de septiembre de 1594, AGS, Estado 1544, n. 74 y 75. *Vide* asimismo A. Bulifon, *Giornali di Napoli dal 1547 al 1706*, Nápoles 1932, pp. 64-65.

⁸⁹ El duque de Sessa a Felipe III, Roma, 11 de abril de 1601, AGS, Estado, 1630, s. n.

⁹⁰ La rebelión contra el dominio otomano la iniciaron los georgianos en 1596 con apoyo de Persia, que reabrió la guerra contra el Turco en 1602. L. Gil Fernández e I.M. Tabagua, *Fuentes para la Historia de Georgia en bibliotecas y archivos españoles*, Madrid 1993, pp. 223-230.

Por todo esto, más que en cálculos de razón de Estado de defensa de Italia, o además de ello, habría que encuadrar esta nueva política ofensiva en el contexto del comienzo del reinado de un príncipe joven, que heredaba una monarquía en repliegue y que precisaba de “reputación y efectos” para asentar su imagen y poderío⁹¹. Dentro de esta tendencia se insertarían otras iniciativas de estos años, como los ataques a Argel, Ostende o Kinsale en 1601⁹². Felipe III, además, había recibido una educación tradicional en la que se le presentaba como una de sus primeras obligaciones la defensa de la Cristianidad frente a los enemigos de la fe, un papel que asumió con decisión⁹³. Y a diferencia de su padre, tenía una noción más desarrollada de la colaboración dentro de la dinastía como misión propia, hasta donde sus recursos se lo permitieran. De este modo, cuando en junio de 1601 no se contaba con medios para ayudar al emperador en la recuperación de Buda, el rey añadió una larga nota de su mano:

yo olgara de q mi hacienda estuviera en estado q pudiera socorrer a mi tío, y lo hiciera sin acordarme de ningún fin particular, assí por la causa publica como por el respecto del Emperador y sera bien que el Conde de Miranda responda al Embajador en esta conformidad y de lo q pareçe al Cons^o y agasse luego con palabras que le aseguren de la voluntad que tengo de acudir a mi tío⁹⁴.

Si por el lado imperial, como veremos, esta actitud no le reportó grandes beneficios, el Papado premió esta buena entente con unas relaciones más fluidas

⁹¹ B. García García, *La Pax Hispánica...*, cap. 1.

⁹² B. García García, “Ostende, Kinsale y Argel: tres empresas para Felipe III”, en O. Recio Morales *et al.* (eds.), *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001: guerra, política, exilio y religión*, Madrid 2002, pp. 225-254 y M.A. de Bunes Ibarra, “Felipe III y la defensa del Mediterráneo. La conquista de Argel”, en E. García Hernán y D. Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid 2006, I, pp. 921-946.

⁹³ Para la educación del joven Felipe, véase A. Feros, *Kingship and Favoritism...*, pp. 15-28. El embajador veneciano Soranzo le describía proclive a la paz en general, pero “*se pur doverà far guerra per sua volontà, spinger la forza contro i Turchi*”. *Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, p. 169. Para los sueños de cruzada de Lerma y Felipe a comienzos del reinado, P. Williams, “Philip III and the Restoration of Spanish Government...”, p. 756.

⁹⁴ Consulta del Consejo de Estado, 26 de junio de 1601, AGS, Estado 2323, n. 150.

que en los años finales del reinado de Felipe II. Como resumía el embajador veneciano, existía una necesidad mutua: para el Monarca hispano, de distribución de iglesias y beneficios, confirmación de décimas, subsidios, excusados y cruzadas, y para el Papa, “*Sua Beatitudine si prevale assai della Maestà sua per gli aiuti in Ungheria, per armate contro i Turchi e per li pensieri che ha di leghe*”⁹⁵. De este modo, a cambio de los generosos subsidios españoles y el interés por el proyecto de Liga, Felipe III obtuvo con facilidad la renovación de las gracias eclesiásticas y apoyo diplomático en los planes de sucesión imperial⁹⁶.

Los socorros al emperador Rodolfo II (1600)

En las negociaciones para formar una Liga católica contra el Turco, desarrolladas entre 1599 y 1600, se pasó rápidamente del triunfalismo de sus promotores al escepticismo del resto de implicados. Mientras que el duque de Sessa la procuró desde Roma, el embajador en Venecia, Íñigo de Mendoza, no la vio tan prioritaria como solucionar la guerra de Flandes, sabedor además del escaso interés que en la Serenísima despertaba esta idea. San Clemente, por su parte, se encargó de negociar la aceptación del emperador a la Liga partiendo del conocimiento de que este, pese a que sería el mayor beneficiado, pondría las máximas dificultades a su puesta en práctica. En Madrid, el embajador imperial Khevenhüller sospechaba el mismo desenlace, con lo que únicamente los nuncios Ginnasio y Caetani mantenían la presión en la corte⁹⁷.

⁹⁵ *Relazione di Spagna di Ottaviano Bon*, 1602, en P. Barozzi y G. Berchet, *Relazioni degli stati europei...*, p. 258.

⁹⁶ En 1601, Clemente VIII concedió tres millones de ducados anuales durante seis años, que además serían recaudados por los ministros del rey. El cardenal d’Ossat al señor de Villeroy, Roma, 17 de septiembre de 1601, en *Lettres du Cardinal d’Ossat...*, II, p. 473. En cuanto a la sucesión imperial, el Papa secundó el plan español y envió a principios de 1601 al Imperio al auditor Ortemberg para negociar ante los electores imperiales que se escogiera un príncipe de la Casa de Austria para suceder a Rodolfo II. J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, pp. 236-237.

⁹⁷ J. P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, pp. 217-218.

A lo largo del otoño de 1599, la posibilidad de la Liga fue ganando adeptos en Praga⁹⁸. A comienzos del año siguiente, el nuncio y el emperador firmaron los capítulos para ser mandados a Roma, un acuerdo en el que San Clemente aseguraba haber mediado, a pesar de que todavía no había regresado a la corte imperial⁹⁹. No obstante, el embajador sospechaba que Rodolfo no era sincero con su aceptación, ya que ni había convocado la Dieta imperial ni hecho ningún preparativo a favor del éxito de la Liga, el más patente de los cuales era que aún no le había concedido una audiencia. Por ello, el Consejo de Estado pidió a Juan de Borja que mediara con la emperatriz María y Khevenhüller para que se presionara al emperador en esta dirección¹⁰⁰. Felipe III mandó sus poderes a Roma para negociar la Liga una vez que Rodolfo II había hecho lo propio. Las sospechas acerca de la falta de voluntad del emperador se mantuvieron, de modo que escribió al duque de Sessa previniéndole que cuando fracasara la Liga se entendiera que no era por culpa del Monarca hispano¹⁰¹.

Este, no obstante, esperaba para volcarse en el proyecto antiturco que Francia siguiera la misma senda, pero ni Enrique IV ni sus representantes en Roma contemplaban la posibilidad¹⁰². Cuando a comienzos de mayo de 1600 el cardenal d'Ossat recibió la primera propuesta formal para que Francia se incorporara al frente hispanoimperial, respondió con evasivas que se hicieron más firmes en otoño, con el comienzo de la guerra de Saluzzo¹⁰³. Las disputas por este feudo del norte de Italia entre Francia y Saboya, apoyada por España, quebraron toda posibilidad de entendimiento entre ambas coronas y proporcionó a

⁹⁸ Guillén de San Clemente a Felipe III, Viena, 24 de noviembre de 1599, AGS, Estado 706, s. n., y Arnald van der Boye al mismo, Rokenzan, 13 de diciembre de 1599, AGS, Estado 706, s. n.

⁹⁹ Guillén de San Clemente a Felipe III, Viena, 15 de enero de 1600, AGS, Estado 706, s. n.

¹⁰⁰ Consulta del Consejo de Estado, 18 de marzo de 1600, AGS, Estado 2323, n. 127.

¹⁰¹ El rey le pidió que encaminase las cosas: “en tal destreza y maña que quando la liga no aya efecto se entienda que no ha quedado por mí y el mundo quede satisfecho” (Felipe III al duque de Sessa, Madrid, 12 de abril de 1600, AGS, Estado 2451, n. 27).

¹⁰² El cardenal d'Ossat a Enrique IV, Roma, 23 de abril de 1600, en *Lettres du Cardinal d'Ossat...*, II, p. 151.

¹⁰³ El cardenal d'Ossat a Enrique IV, Roma, 9 de mayo, 6 de septiembre y 15 de noviembre de 1600, en *Lettres du Cardinal d'Ossat...*, II, pp. 161, 213 y 257.

Enrique IV un argumento para excusarse de participar en la Liga. Además, Francia tenía una vieja alianza con el Imperio otomano, que el rey gallo aseguraba que era por beneficio de la Cristiandad, y no la rompería sin necesidad ni esperar ventajas ¹⁰⁴.

No pudo formarse el soñado frente cristiano contra el Turco, pero Felipe III, aparte de estos planes, sostuvo a su tío Rodolfo con socorros directos a lo largo de 1600. El emperador, según relataba San Clemente, parecía más interesado en recibir subsidios españoles que en permitir una gran alianza que observaba con desconfianza, como un medio de injerencia en sus posesiones ¹⁰⁵. A las peticiones formuladas en el mes de enero se respondió rápidamente con la concesión de un subsidio de 300.000 ducados, “por mostrar al mundo con efectos lo *que* yo estimo al Emperador mi tío y desseo sus buenos subcessos” ¹⁰⁶. El dinero debía librarse en partidas mensuales de 50.000 ducados desde el mes de abril, para que San Clemente tuviera el control sobre los fondos y pudiera interrumpirlos si el emperador firmaba en ese lapso la paz con el Turco. Pero también porque, en reciprocidad por el socorro, Felipe III pretendía otro fin: que Rodolfo II le concediera formalmente la investidura de Finale, un feudo imperial en la costa ligure cuya adquisición no había podido culminar Felipe II en 1598 ¹⁰⁷. A San Clemente lo escribió con sinceridad:

¹⁰⁴ Enrique IV a Clemente VIII, Lyon, 20 de enero de 1601, en *Lettres du Cardinal d'Ossat...*, II, anexo, pp. 11-12.

¹⁰⁵ Guillén de San Clemente a Felipe III, Viena, 15 de enero de 1600, AGS, Estado 706, s. n. Las sospechas del embajador español se hicieron efectivas el año siguiente, con el recelo de Rodolfo II de que el Papa y el Rey Católico enviaran tropas al archiduque Fernando porque lo veía como una estratagema para presionarle en la sucesión imperial. San Clemente refiere “la pena que al Emperador le ha dado ver esta gente por las sospechas que arriba digo”. Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 4 de agosto de 1601, AGS, Estado 707, n. 49, fols. 1v-2r.

¹⁰⁶ Felipe III a Guillén de San Clemente, Madrid, 11 de febrero de 1600, AGS, Estado 2323, n. 134.2.

¹⁰⁷ La adquisición de este enclave permitiría a la Monarquía contar con un puerto propio para acceder a Milán alternativo a Génova. El último marqués de Finale cedió su propiedad a Felipe II en mayo de 1598, pero su muerte retrasó la aplicación del tratado y el emperador se negó a reconocer el acuerdo, en defensa de la jurisdicción imperial en Italia. J.L. Cano de Gardoqui, *La incorporación del marquesado del Finale (1602)*, Valladolid 1955.

hablando con vos llanamente desseo *que* a buelta desto asseguréys de una vez el dárseme lo del Final (...) porque harto es le haga una tan gruessa provisión teniendo tanto a que acudir con que mi tío me de satisfacción a lo de Final ¹⁰⁸.

Sin embargo, al embajador Khevenhüller se le presentó la maniobra en términos más maquillados, sin mención expresa al asunto de Finale y únicamente tras la petición expresa del rey ¹⁰⁹ y las presiones del propio representante imperial a Juan de Borja por conocer la resolución del Consejo de Estado ¹¹⁰. Mientras tanto, aunque a San Clemente el pago mensual del socorro le pareció idóneo, advirtió de que la corte imperial cifraba todas sus esperanzas en dichos fondos más que en la Liga, y que plantear en tal situación la reivindicación por Finale parecería que “es quererles tomar por hambre” ¹¹¹. En atención a esto, el Consejo de Estado de 20 de mayo, en el que Juan de Borja llevó la voz cantante, resolvió esperar a conocer el resultado de la audiencia que el emperador le debía haber concedido a San Clemente para ofrecer nuevas instrucciones ¹¹².

Los acontecimientos, en cambio, iban por un rumbo que ninguno había previsto. A principios de junio, San Clemente inquirió con preocupación cómo se pretendía conseguir lo de Finale:

lo *que* agora dudo yo *que* se haga sin nuevo dinero si es verdad, como acá se dice, que V Md ha mandado desenbolsar toda la *cantidad* junta en esa corte al factor de los Fúcares ¹¹³.

¹⁰⁸ Felipe III a Guillén de San Clemente, Madrid, 11 de febrero de 1600, AGS, Estado 2323, n. 134.2.

¹⁰⁹ Consulta del Consejo de Estado, 12 de febrero de 1600, AGS, Estado 2323, n. 138. Algunos consejeros incluso apostaron por referirle todo el plan, en la creencia de que ayudaría a su triunfo por ser ministro de la confianza del Monarca. Consulta del Consejo de Estado, 22 de febrero de 1600, AGS, Estado 2323, n. 137.

¹¹⁰ Consulta del Consejo de Estado, 11 de abril de 1600, AGS, Estado 2323, n. 122.

¹¹¹ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 1 de abril de 1600, AGS, Estado 706, s. n.

¹¹² Consulta del Consejo de Estado, 20 de mayo de 1600, AGS, Estado 706, s. n., fol. 1v.

¹¹³ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 10 de junio de 1600, AGS, Estado 706, s. n.

Andrés de Prada, secretario del Consejo de Estado, recibió esta noticia y escribió a su homólogo en el Consejo de Hacienda, Cristóbal de Ipeñarrieta, para saber qué había sucedido con el socorro de los 300.000 ducados. La primera cédula se firmó con el banquero florentino Zanobi Carnesecchi el 29 de enero, quien se comprometía a poner en Milán el dinero para entregarlo a San Clemente en seis pagas de abril a septiembre. Pero a finales de febrero el duque de Lerma comunicó al presidente del Consejo de Hacienda, marqués de Poza, que el rey había decidido que esta cifra no se pusiera en Milán sino en Praga o la plaza financiera más cercana, y que los Fugger se encargaran de ello. De este modo, la cédula definitiva con Carnesecchi, de 29 de marzo, obligaba a este a entregar los fondos en Milán a Marcos Fugger o sus hermanos para entregarlos a Rodolfo en Praga o “a donde Su Md. señalase y hagan dellos su voluntad”¹¹⁴. El Consejo de Estado comprobó de este modo que Poza había entendido mal las instrucciones, y no solo cambió la plaza de Milán por la de Praga sino que también modificó el destinatario, de ser San Clemente a que lo fuera el propio emperador. La cédula definitiva, además, se envió sin que Lerma o el Consejo la aprobaran, de modo que el subsidio se había entregado a la Cámara imperial sin pedir contraprestaciones¹¹⁵.

San Clemente, al menos, celebró haber conocido esta novedad antes de negociar la investidura de Finale para evitar el descrédito que significaba asegurar controlar unos recursos que ya estaban en el Tesoro del emperador. Como prevenía, los ministros del emperador se apresuraron a responder a sus demandas, “hasta *que* los Fúcares han comenzado a desembolsar ya algunas mesadas”, tras lo cual aseveraron que el emperador pensaría la cuestión de Finale con más calma y que no era el momento para mover dicho negocio¹¹⁶. Felipe III, aunque

¹¹⁴ Copia de la cédula despachada por el Consejo de Hacienda de los 300.000 ducados, Toledo, 29 de marzo de 1600, AGS, Estado 2323, n. 131 y “Lo que el s^o Prada scrivio al s^o ypeñarrieta y lo *que* el respondió a la margen sobre los 300.000 ducados”, 15 de julio de 1600, AGS, Estado 2323, n. 134.1.

¹¹⁵ Consulta del Consejo de Estado, 19 de julio de 1600, AGS, Estado 2323, n. 129. En general, J.P. Niederkorn, “Spanische Subsidien für den Türkenkrieg, die Markgrafschaft Finale und der Sturz eines Ministers am Hof König Philipps III”, *Römische historische Mitteilungen* 36 (Viena 1994), pp. 148-151. La enemistad de Lerma con el marqués de Poza, el último presidente de Consejo ajeno a su círculo, se recoge en L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, p. 117.

¹¹⁶ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 19 de agosto de 1600, AGS, Estado 706, s. n.

reconoció que “por inadvertencia se erro el tiro en lo de los 300 mil *ducados*”, mantuvo la esperanza en que el emperador se sintiera obligado¹¹⁷. Lejos de esto, en la corte imperial apenas se agradeció el socorro, que presentaron allá como contribuciones atrasadas que el Monarca hispano les debía, y por supuesto no se facilitó un ápice la discusión por Finale¹¹⁸. San Clemente recomendó aparcarse el asunto por el momento ya que dudaba que se pudiera obtener nada, pero el enfado en la corte madrileña era patente, y Felipe III insistió en que se siguiera adelante, se ofrecieran hasta 150.000 ducados más y que Khevenhüller y la emperatriz María mediaran con Rodolfo a favor de esta solución¹¹⁹. Sin embargo, un acontecimiento de gran importancia en la de nuevo revitalizada Guerra de Hungría modificó la situación y las preferencias: la pérdida de la ciudad de Canisia (Nagykanizsa, Hungría) el 22 de octubre de 1600¹²⁰.

La alternativa estiria: el archiduque Fernando y la campaña de Canisia de 1601

Esta fortaleza era la clave de la defensa de Austria e Italia, y con su pérdida nada impedía que los turcos pudieran penetrar hasta el Imperio:

Toda la frontera de la parte de Nuyetad (*Neustadt*) hasta aquí (*Viena*), y aun hasta Lintz y Baviera, no tiene cosa ninguna en que estos puedan tener fundamento, sino una aldea que se llama Canissa, en la cual cuanto se pongan mil hombres, es cuanto se puede poner; ella está hecha de cestos y palos hincados en mitad de un pantano¹²¹.

¹¹⁷ Felipe III a Guillén de San Clemente, Valladolid, 23 de julio de 1600, AGS, Estado 2451, n. 25.

¹¹⁸ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 18 de septiembre de 1600, AGS, Estado 706, s. n.

¹¹⁹ Consulta del Consejo de Estado, 3 de octubre de 1600, AGS, Estado 2323, n. 133. Felipe III se expresó en términos de duro reproche al emperador por su actitud desagradecida en “Lo *que* Guillén de San Clemente debe representar al Emperador y sus ministros”, San Lorenzo, 13 de octubre de 1600, AGS, Estado 2451, n. 17.

¹²⁰ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 15 de enero de 1601. AGS, Estado 707, n. 13.

¹²¹ El embajador Chantonnay a Felipe II, Viena, 7 de junio de 1567, *CODOIN CI*, p. 230.

No obstante, esta plaza no se encontraba bajo responsabilidad directa de Rodolfo II sino de su primo el archiduque Fernando, que gobernaba los ducados de la Austria interior (Estiria, Carintia y Carniola) por infeudación del emperador ¹²². Fernando era el hermano de la reina Margarita de Austria, y por tanto cuñado de Felipe III, una conexión familiar que no tardó en utilizar para procurar la recuperación de Canisia. La buena sintonía existente entre ambos era muy perceptible:

L'arciduca Ferdinando, cognato del re, è da S. M. grandemente amato, e professa ella che vuole che si sappia questa sua buona disposizione col tener la sua protezione, e con mostrar di favorirlo in tutte le cose principalmete per rispetto della regina alla quella essa mostra di portare singolare affezione ¹²³.

A lo largo de 1599 Felipe III prestó su primera ayuda a Fernando haciendo valer su autoridad para impedir que Venecia declarase la guerra a Estiria por unas disputas fronterizas en Friuli. Los diplomáticos venecianos aceptaron la mediación del rey y este hizo oficios en Venecia, Graz y Praga para que se alcanzara una solución amistosa entre buenos vecinos ¹²⁴. A comienzos de 1600, con ocasión de la boda de Fernando con María Ana de Baviera, los reyes mostraron de nuevo la fluidez de sus relaciones con la corte de Graz, “a donde todos agora buelven los ojos para ver quanto V Md la onrra en las ocassiones” ¹²⁵. En nombre de ambos pidió Felipe III al emperador que diera licencia a su hermano,

¹²² El emperador Fernando I dividió a su muerte en 1564 su patrimonio austriaco entre sus tres hijos: Maximiliano, padre de Rodolfo II, recibió la Alta y Baja Austria además del título imperial y las coronas de Bohemia y Hungría, mientras que Carlos, padre del archiduque Fernando, recibía la Austria interior arriba mencionada, junto a las tierras italianas de Trieste y Gorizia, y el tercer hermano, también llamado Fernando, heredaba el condado de Tirol y la Austria anterior (feudos en Suabia, Alsacia y Vorarlberg).

¹²³ *Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, p. 176. Por ello, aseguraba que si Venecia hiciera cualquier buena demostración a Fernando, sería muy bien recibida en la corte española.

¹²⁴ Arnaldo van der Boye a Felipe III, Praga, 18 de enero de 1599, AGS, Estado 706, s. n., fol. 1v; Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 9 de junio de 1600, AGS, Estado 706, s. n.; Felipe III a Guillén de San Clemente, Denia, 22 de agosto de 1599, AGS, Estado 2450, s. n., fols. 2v-3, y G.E. Rothenberg, “Venice and the Uskoks of Senj: 1537-1618”, *Journal of Modern History* 33/2 (Chicago 1961), p. 152.

¹²⁵ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 30 de abril de 1600, AGS, Estado 706, s. n.

el archiduque Maximiliano, para que representara a la pareja regia en la boda de Fernando, a pesar de que trascendió que la candidatura de Maximiliano “la Rey^a no lo dessea” y se intentó sin resultado elegir a otro representante¹²⁶. Sin embargo, la dilación del correo y el hecho que Maximiliano no estuviera localizable (luego se supo que viajaba de incógnito a Roma como peregrino) motivaron que a la ceremonia celebrada en Graz el 23 de abril no acudiera ningún representante del Monarca hispano. Esto no impidió que sí se enviara el regalo a la nueva pareja, un riquísimo diamante valorado en unos 40.000 talleres (alrededor de 20.000 ducados): “se ha estimado este presente por el mayor que se a hecho en Alemania en ocasiones de su calidad (*que* el del Emperador no llegará a 4.000 talleres)”¹²⁷.

La reina, cuya influencia en la corte española hemos visto bastante limitada, sí que fue eficaz como defensora de los intereses de su hermano, y en octubre de 1600 consiguió de su esposo que concediera a Fernando una pensión mensual de 5.000 ducados¹²⁸. Poco después, la colaboración con la familia en Centroeuropa sería sometida a una prueba decisiva con ocasión de la pérdida de Canisia. Tanto Fernando como su madre la archiduquesa María pidieron al rey su auxilio ante la triple amenaza que se cernía contra ellos, de turcos, venecianos y vasallos protestantes. Pero lo que principalmente le anunciaban ambos era que habían escrito más prolijamente a Margarita, quien le representaría la gravedad de la situación¹²⁹.

¹²⁶ Carta de mano propia de Felipe III a Rodolfo II, Toledo, 17 de marzo de 1600, AGS, Estado 2451, n. 8 y “Parecer de Consejo de Estado sobre persona *que* enviar a Alemania”, 1600, AGS, Estado 2855, s. n.

¹²⁷ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 30 de abril de 1600, AGS, Estado 706, s. n., fol. 1v. Este regalo, finalmente, no fue llevado a Graz ni por el archiduque Maximiliano ni por el embajador San Clemente, debido a la gravedad de los asuntos que se estaban negociando en la corte imperial. Fue el secretario del segundo, Lope Díaz de Pangua, quien llevó el diamante a principios del otoño. Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 6 de noviembre de 1600, AGS, Estado 706, s. n. y la archiduquesa María de Baviera a Felipe III, Graz, 15 de octubre de 1600, AGS, Estado 2323, n. 114.1.

¹²⁸ Johann Khevenhüller a Rodolfo II, Madrid, 11 de octubre de 1600, HHStA, SDK, Karton 13, fols. 57r-57v, cit. en M.S. Sánchez, “Confession and complicity...”, p. 146. También lo recoge la *Relazione di Spagna di Francesco Soranzo...*, p. 176.

¹²⁹ María certificaba el peligro que representaba la pérdida de Canisia, “como mi hija lo save”. La archiduquesa María de Baviera a Felipe III, Graz, 26 de octubre de 1600, AGS, Estado 2323, n. 114.2. Por su parte, Fernando resumía la situación en su carta al rey porque:

La respuesta regia no se hizo esperar y “en el Consejo se ha visto (como V. Md. lo embió a mandar) el memorial del Sr. Archiduque Fernando que dio la Reyna *nuestra señora*”¹³⁰. En esta ocasión, sin pedir contrapartidas y desde la base de ser “el interés de Su Al^a tan propio de V. Md.”, los consejeros de Estado recomendaron socorrer no con subsidios, sino, por primera vez, con el envío de tropas: 6.000 infantes alemanes o italianos pagados por seis meses desde Milán, lo que ascendería en total a unos 200.000 ducados. De este modo,

a la Reyna Nra. Señora podrá V. Md. asegurar de la buena voluntad que V. Md. tiene al Sr. Archiduque y de *que* le acudirá con todo lo que fuere posible¹³¹.

Aparte de las tropas, Felipe III concedió un subsidio extraordinario de 60.000 escudos que el embajador veneciano Ottaviano Bon relacionó directamente con la influencia de Margarita:

*Essendo la regina sorella dell'arciduca Ferdinando, per questi rispetti il re fa in loro servizio alcuna cosa di più di quello che per se stesso faria, dando in particolare a suo cognato in Croazia oltre gli aiuti di gente, scudi seicentomille (sic)*¹³².

Esta nueva política tenía otra faceta, ya que mientras se prestase este apoyo no se socorrería al emperador, de cuya actitud el rey estaba tan descontento:

demás del socorro de dinero que le enbíe que en efecto fue *para* esas necesidades y no para lo *que* han querido dezir para ello, pienso agora embiarsele al Archiduque Fernando mi hermano¹³³.

Por ello, el alineamiento con el archiduque no fue bien recibido en la corte imperial, cuyos ministros volvieron a insistir a San Clemente sobre la necesidad

“V. Md. mas a la larga lo entendera de mi Hermana la Reyna a quien largamente scrivo todo” (El archiduque Fernando a Felipe III, Graz, 26 de octubre de 1600, AGS, Estado 2323, n. 114.2).

¹³⁰ Consulta del Consejo de Estado, 23 de diciembre de 1600, AGS, Estado 2323, n. 113, fol. 1r.

¹³¹ *Ibidem*, fol. 2r.

¹³² *Relazione di Spagna di Ottaviano Bon...*, p. 258.

¹³³ Felipe III a Guillén de San Clemente, Matapozuelos, 23 de enero de 1601, AGS, Estado 2451, n. 90.

de seguir percibiendo ayuda española ¹³⁴. Rodolfo II escribió a la emperatriz María y a la reina Margarita a la vez que a Felipe III para conseguir un nuevo socorro para recuperar Buda, consciente de que en esta ocasión sería más complicado convencerles ¹³⁵. La actitud de la corte española fue muy clara: no se consideraban obligados a socorrerle porque el emperador no correspondió al rey, con lo que se mantenía el objetivo de derrotar al Turco, pero apoyando en su lugar al Papa y al archiduque Fernando ¹³⁶. Únicamente a cambio de la investidura de Finale se podría librar un subsidio, condición que se mantuvo en lo venidero con firmeza mientras se daban poderes a San Clemente para que manejara hasta 300.000 ducados para este fin ¹³⁷.

Felipe III consiguió asimismo que el Papado se comprometiera a ayudar a Fernando en lugar de al emperador en la campaña de 1601 ¹³⁸. Los preparativos en Roma volvieron a tomar un relieve que no se había visto en los años anteriores, pues el sobrino de Clemente VIII, el general Gian Francesco Aldobrandini, se puso al frente del ejército pontificio. El Rey Católico, además, colaboró con gran generosidad en los preparativos papales con el envío de 200.000 ducados para que reclutara 7.000 infantes y 1.000 caballos. Junto a las tropas que ofrecía el Gran Duque de Toscana, los duques de Saboya y Baviera y el arzobispo de Salzburgo, el archiduque Fernando reuniría ese año unas fuerzas considerables ¹³⁹. Mientras, la generosidad española con el Papado escondía un plan alternativo que no llegó a tener efecto. Clemente VIII y Felipe III estaban de acuerdo en concentrar tropas en Italia en caso de que finalmente se

¹³⁴ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 5 de marzo de 1601, AGS, Estado 707, n. 22. En otra misiva reflexionaba el embajador que “pareceme que acá no se tiene este socorro que V. Md. da al Sr. Archiduque Ferdinando por cosa comun a los interesados en esta guerra” (Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 16 de marzo de 1601, AGS, Estado 707, n. 29).

¹³⁵ Rodolfo II a la emperatriz María y a la reina Margarita, Praga, 18 de marzo de 1601, HHStA Spanien Hofkorrespondenz 4, Konv. I, fols. 12 y 14. cit. en J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, p. 233.

¹³⁶ Consulta del Consejo de Estado, 26 de junio de 1601, AGS, Estado 2323, n. 150.

¹³⁷ Consultas del Consejo de Estado, Valladolid, 26 de junio y 15 de septiembre de 1601, AGS, Estado 2323, n. 154 y 707, n. 93 respectivamente.

¹³⁸ Felipe III a Clemente VIII, 15 de marzo de 1601, BNE, Ms. 915, fol. 154.

¹³⁹ El duque de Sessa a Felipe III, Roma, 11 de abril de 1601, AGS, Estado, 1630, s. n.

decidieran a invadir Toscana y desalojar a los Médici de Florencia. Estos, aliados con Francia en la reciente guerra de Saluzzo, habían puesto en peligro el orden español sobre la Península, y además eran enemigos declarados de la familia pontificia, los Aldobrandini. El duque de Sessa había discutido con los sobrinos del Papa en verano de 1600 la fragmentación de Toscana en tres partes: Florencia restaurada como república, Pisa para los Aldobrandini y Siena para Felipe III. Pese a estos planes, Clemente VIII cambió de parecer en abril de 1601, una vez recibidos los 200.000 ducados españoles, y se volcó decididamente en la campaña húngara para indignación y desesperanza de sus sobrinos ¹⁴⁰.

Tampoco triunfó otra de las posibilidades bélicas ofrecidas por la corte española a Roma para emplear a las tropas recientemente licenciadas tras la guerra de Saluzzo: el ataque al centro calvinista de Ginebra. Clemente VIII temía que esto despertara la suspicacia de Enrique IV y volviera a lanzar a España y Francia a la guerra. De este modo, además de la campaña de Canisia, el resto de fuerzas se embarcó en otra operación contra el Islam, la fracasada intentona contra Argel ¹⁴¹. Junto a estas dos ofensivas, ese mismo verano Felipe III envió una flota a conquistar Irlanda y renovó las ofensivas en Flandes. Era un denodado intento por demostrar la pujanza y reputación de la Monarquía pese a la firma del Tratado de Lyon entre su aliada Saboya y Francia, en la que la posición española se había debilitado. Juan de Borja se mostraba optimista ante este escenario:

Muy cierta speranza tengo de que nuestro Señor a de encaminar y favorezer los santos propósitos de Su Majestad, pues en tiempo de tanta apretura emprende la Jornada de Levante y la de Irlanda, sin la de Flandes y las ayudas contra el Turco, plega dios darle los sucesos conforme a sus intentos y juntamente darnos un príncipe como le havemos menester ¹⁴².

¹⁴⁰ J.L. Cano de Gardoqui, “España y los estados italianos independientes en 1600”, *Hispania* 92 (Madrid 1963), pp. 549-553.

¹⁴¹ B. García García, “Ostende, Kinsale y Argel...”, pp. 240-242. El cardenal d’Ossat se hizo eco del temor francés ante la concentración de tropas del conde de Fuentes en Milán, “*Et tient encore le monde en suspens Et en doute de ce qu’on veut faire*”. El cardenal d’Ossat al señor de Villeroy, Roma, 14 de mayo de 1601, en *Lettres du Cardinal d’Ossat...*, II, p. 373.

¹⁴² Posdata autógrafa de una carta de Juan de Borja al duque de Lerma, Madrid, 15 de agosto de 1601, BL, Add. Mss. 28424, fol. 138v, cit. en B. García García, “Ostende, Kinsale y Argel...”, p. 235.

El temor acerca de que los costosos preparativos para la campaña de Hungría no fueran aprovechados asaltó a San Clemente ya en el mes de mayo, debido a que mientras Fernando pretendía recuperar Canisia con los refuerzos españoles y papales, Rodolfo II priorizaba atacar Buda con el ejército imperial¹⁴³. Al final, los dos contingentes no se unieron y esto debilitó la ofensiva cristiana. Por otra parte, tampoco fue para San Clemente un buen síntoma el exceso de líderes que se postulaban para dirigir la campaña de Canisia: el archiduque Fernando como capitán general, que llevaría de teniente al ambicioso duque de Mantua, además de los generales de las tropas pontificias y españolas, Aldobrandini y Madruzzo: “yo creo que tanto generalato tendrá dificultad de concertarse”¹⁴⁴. No andaba desencaminado el embajador, porque el exceso de cabezas fue además aparejado con la poca experiencia bélica de la mayoría de ellos. A lo largo del otoño, todos los intentos de tomar Canisia fueron vanos, y a finales de noviembre se retiraron las fuerzas con un balance desolador: el abandono de la artillería y los bagajes y más de 16.000 bajas, entre ellas el general Aldobrandini y el coronel Orfeo¹⁴⁵.

El archiduque Fernando envió rápidamente a Valladolid al conde Germánico Strasoldo para informar a Felipe III del resultado de la campaña y pedirle de nuevo socorros para el próximo año¹⁴⁶. La archiduquesa María de Baviera, mientras, lo rogó a través del confesor de su hija Margarita, Richard Haller¹⁴⁷. Ante el fiasco del asedio, Fernando viajó a Praga para enderezar sus relaciones con el emperador y reconocer su yerro. A San Clemente le confesó “que tantas caveças como ha tenido en su exército han estragado las cosas y él queda muy

¹⁴³ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 26 de mayo de 1601, AGS, Estado 707, n. 41.

¹⁴⁴ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 14 de julio de 1601, AGS, Estado 707, n. 48.

¹⁴⁵ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 28 de septiembre, 27 de octubre y 1 de diciembre de 1601, AGS, Estado 707, n. 67, 74 y 80. Más detalles contiene una relación anónima que se encuentra entre la correspondencia del conde de Fuentes en BNE, Ms. 775, fols. 446-453.

¹⁴⁶ El archiduque Fernando a Felipe III, 13 de diciembre de 1601, BNE, Ms. 915, fols. 70-71.

¹⁴⁷ La archiduquesa María de Baviera a Felipe III, Graz, 16 de diciembre de 1601, AGS, Estado 707, n. 75.

descontento de todos”¹⁴⁸. No desaprovechó la ocasión para intentar hacer méritos ante su cuñado Felipe III, y valiéndose de su privilegiado acceso a la persona de Rodolfo II y el amistoso trato que este le dispensaba, ayudó en lo posible al embajador San Clemente en el momento crucial del contencioso de Finale. El 19 de enero de 1602 llegó a Praga la noticia de que el conde de Fuentes, gobernador de Milán, se había hecho con el feudo por la fuerza de las armas. El emperador, según se refirió a San Clemente, se alteró más que por la pérdida de Javarino, Canisia o cualquier otro suceso, clamando que Finale era suyo¹⁴⁹. El embajador español se valió de su influencia con los ministros imperiales y de la ayuda de Fernando: “heme valido de la Autoridad de su Alt^a para quietar al Emperador, y a hecho lo que a podido con mucha diligencia”¹⁵⁰.

Pese a los buenos intentos del Archiduque, la corte española reconoció el error estratégico que había significado la división de sus fuerzas de las del emperador. A Strasoldo no se le concedieron las ayudas que solicitaba en hombres y dinero, sino un único subsidio de 150.000 ducados a condición de que las tropas estirias se pusieran de nuevo bajo la autoridad de las imperiales¹⁵¹. A finales de abril de 1602 se licenció al embajador de Fernando, quien llevó consigo numerosos regalos para la corte de Graz, principalmente ofrecidos por la reina Margarita¹⁵².

Rodolfo II también rogó antes de la campaña de 1602 un nuevo socorro regio¹⁵³, y confió asimismo en la mediación de la reina y la emperatriz para obtener más posibilidades de éxito:

¹⁴⁸ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 31 de enero de 1602, AGS, Estado 707, n. 106.

¹⁴⁹ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 31 de enero de 1602, AGS, Estado 707, n. 103.

¹⁵⁰ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 31 de enero de 1602, AGS, Estado 707, n. 106.

¹⁵¹ Consulta del Consejo de Estado, 7 de abril de 1602, AGS, Estado 2323, n. 172 y cartas de Felipe III a la archiduquesa María de Baviera y el archiduque Fernando, 30 de abril de 1602, BNE, Ms. 915, fols. 174 y 176.

¹⁵² “Memoria de las cosas *que* pretende sacar Strasoldo”, AGS, Estado 707, n. 220 y “póliza de los regalos que Strasoldo pretende meter en su pasaporte”, AGS, Estado 707, n. 222.

¹⁵³ Rodolfo II a Felipe III, Praga, 27 de abril de 1602, AGS, Estado 707, n. 118.

para que consigamos esto mas en brebe ymbiamos este particular correo con çierta esperanza que V Serenidad moberá el ánimo del Serenísimoy Rey su marido para que nos ayude ¹⁵⁴.

En la corte vallisoletana se recibió con alivio las humildes peticiones del emperador en lugar de las temidas censuras por la poco ortodoxa toma de Finale. A Juan de Borja se le encargó de nuevo que desde Madrid maniobrara con Khevenhüller para conocer su opinión de cómo encauzar la negociación de la investidura sobre el feudo italiano, a cambio de la cual Felipe III volvería a mostrarse generoso con su tío ¹⁵⁵. En esta ocasión, el crédito sería de 300.000 ducados, cuya orden se mandó a San Clemente en agosto ¹⁵⁶. Las dificultades de la Hacienda regia, empero, provocaron sucesivos retrasos en la libración de esta cifra, para impaciencia del emperador y desesperación del embajador español ¹⁵⁷. El dinero llegó a Praga en agosto de 1603, cuando la paciencia de Rodolfo estaba ya agotada y su posición respecto a Finale se había endurecido a reclamar su restitución y cerrar toda vía a la negociación, por mucho dinero que se ofreciera ¹⁵⁸.

La guerra de Hungría había entrado ya en su última y caótica fase, marcada por el más que evidente agotamiento de los contendientes. En el caso turco, tuvieron que simultanear las campañas en Hungría con la reapertura de la guerra en Persia, a la vez que en Anatolia y los Balcanes diversos pueblos se rebelaban contra el poder de Estambul ¹⁵⁹. Por el lado imperial, a la ruina del Tesoro y la progresiva desafección de sus súbditos se sumó la situación de total descontrol que se vivía en la Hungría Real y Transilvania, que condujo a la rebelión general de 1605:

¹⁵⁴ Rodolfo II a la reina Margarita, Praga, 27 de abril de 1602, AGS, Estado 707, n. 139. Una carta del mismo día a la emperatriz María es citada en J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, p. 247.

¹⁵⁵ Consulta del Consejo de Estado, Valladolid, 18 de junio de 1602, AGS, Estado 2323, n. 162.

¹⁵⁶ Consulta del Consejo de Estado, Valladolid, 17 de agosto de 1602, AGS, Estado 2323, n. 169.

¹⁵⁷ Consulta del Consejo de Estado, Valladolid, 5 de octubre de 1602, AGS, Estado 2323, n. 160.

¹⁵⁸ J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, pp. 238-239.

¹⁵⁹ J.M. Floristán, *Fuentes para la política oriental de los Austrias: la documentación griega del Archivo de Simancas (1571-1621)*, León 1988, *passim*.

Las cosas están en términos, con tanta confusión, q.e si yo no pudiera en todo poner la orden que conuiene á la Hazienda de V. Md. como lo pensaua hazer, se ha de tener por seruicio q.e yo haga lo q.e pudiere en tiempos tan turbados, pues por una parte tiene el Emperador el turco y los rebeldes de Ungría, y por otra, dentro de su casa, los Erejes, q. e se le comiençan a desuergonçar, y andan ya persiguiendo los católicos (...). Los eletores se juntan, (...) y podría ser q.e uistas tantas calamidades y tan poco remedio en ellas, se atreuan á deponer al Emperador, y hazer un Rey de romanos a su gusto ¹⁶⁰.

El compromiso español con la guerra se mantuvo, incluso se incrementó en 1604, cuando quedó constatado que sin una intervención directa, el emperador se vería obligado a aceptar una paz deshonrosa. Por ello se reclutaron dos regimientos de alemanes, dirigidos por el barón de Mersperg y el señor de Schiemberg, que se mantuvieron operativos hasta el final de la guerra en 1606 ¹⁶¹. Para entonces la emperatriz María había fallecido y la reina Margarita no encontraba oportunidades para priorizar los intereses de su familia estiria, aunque se había convertido en la interlocutora de confianza de Rodolfo II ante el Rey Católico:

con sus buenos officios con el Rey ayude, para que en lo del Final y Piombín Su Magestad se resuelva, como la razón y equidad lo pide. Y no desseara otra cosa más, sino que en esto y en todo lo demás V. Magd. oye-se muy despacio a mi Embaxador el Kevenhiler y le diesse crédito como solía el Rey que sea en gloria ¹⁶².

El papel de las mujeres de la Casa de Austria en la guerra de Hungría se puede caracterizar por su discreción y carácter indirecto. Solían ser los hombres de su entorno quienes llevaban la voz cantante, como el confesor de la reina, Richard Haller, o el mayordomo de la emperatriz, Juan de Borja. A ellas llegaban

¹⁶⁰ Guillén de San Clemente a Felipe III, Praga, 23 de junio de 1605, en *Correspondencia de Guillen de San Clemente, embajador en Alemania de Felipe II y III sobre la intervención de España en los sucesos de Polonia y Hungría, 1581-1608*, Zaragoza 1892, pp. 262-263.

¹⁶¹ Consulta del Consejo de Estado, 2 de octubre de 1604, AGS, Estado 2323, n. 80 y J.P. Niederkorn, *Die europäischen Mächte...*, pp. 245-249.

¹⁶² Rodolfo II a la reina Margarita, Praga, 2 de enero de 1604, BNE, Ms. 915, fol. 84r-84v.

peticiones y súplicas, pero solo a través de referencias tangenciales en la documentación oficial colegimos sus gestiones y movimientos. Su rol maternal, piadoso y doméstico dominó en su imagen pública, que quedó de este modo falseada respecto a su sibilina mediación en la política de la Monarquía de los Austrias. Una dinastía que encontraba en estas figuras femeninas el principal eslabón entre sus dos centros de actuación, en Castilla y Centroeuropa, que facilitaban la comunicación de sus intereses y ponían en contacto sus respectivas redes. En el caso de la Larga guerra de Hungría se comprueba además cómo la defensa de los intereses dinásticos, los de sus hijos y hermanos en Centroeuropa, implicaba una visión cosmopolita y global de la misión de la Casa de Austria, que conectó con la proyección ecuménica del Papado. Es decir, que la defensa de la frontera húngara de la Monarquía austriaca enlazaba con la vocación de Cruzada y defensa de la Cristiandad de la Santa Sede, mientras que el interés patrimonial de la Monarquía hispana se abocaba antes a la pacificación de Flandes y el dominio del Atlántico. La alianza imperial-papista tuvo en las mujeres Habsburgo su principal valedor en la corte madrileña, envueltas en una espiritualidad descalzista y apoyadas en la Compañía de Jesús, y lograron atraer a Felipe III a unos cuantos de sus postulados. La Guerra de Hungría fue un conflicto caótico y mal liderado, pero mientras bajo el reinado de Felipe II se mantuvo en unos límites estrechos de colaboración dinástica, con su sucesor significó el primer ensayo de coordinación de las dos ramas de la Casa de Austria, a unos niveles nunca vistos desde la separación del imperio de Carlos V. En dicho sentido, fue el precedente y ensayo más destacado de la Guerra de los Treinta Años, en la que la alianza entre Madrid y Viena se explotó hasta sus últimas consecuencias.